



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 10.

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

14 de Marzo de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

La confianza en los santos, por Fernan Caballero.—**Á mi padre en sus dias**, poesía, por doña Rosario Godines.—**Calvario y Redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Querellas**, poesía, por don Diego V. Tejera.—**El buen ladron**, cuento, por don Pedro Escamilla.

LA CONFIANZA EN LOS SANTOS.

Si dais por ciertos los misterios, ¿por qué negais los milagros? Ya que Dios es para vosotros lo desconocido, ¿cómo puede competiros juzgar sus vías?

(Nettement).

Quiero referiros un ejemplo. Un ejemplo es un caso que no ha sucedido (aunque posible y muy posible es que sucedido hubiese), pero que se ha transmitido de unos en otros desde muchos años, porque el espíritu que lo dictó, y la enseñanza que contiene, son profundamente religiosos; y como todo lo religioso se imprime, no solo en la memoria, sino en el espíritu y en el corazón, es-

tós ejemplos, aunque confiados en su mayor parte solo á la tradicion verbal, se conservan como las hermosas cristalizaciones que en pos de sí dejan las aguas vivas de un rico manantial. Estad atentos.

Habia un hombre muy de bien, de oficio carpintero, que como tal era muy devoto del santo patrono de los de su oficio, que es el bendito patriarca señor san José, quien, como ustedes no ignoran, era carpintero, por lo que dice la copla de Noche-Buena:

El Niño de María
No tiene cuna;
Su padre es carpintero,
Y le hará una.

Habíale hecho al Santo un altar muy primoroso en un convento de Capuchinos, y habia distribuido el camarín en ochavas y compartimientos, esculpiendo en cada cual, con mucho primor y esmero una de las herramientas de su oficio, lo que le adornaba de una manera tan apropiada, que cuantos lo miraban se enternecian al recordar todo el amor y predileccion que habia demostrado Dios, al hacerse hombre, al trabajo y á la pobreza, puesto que todas las cosas que

vemos, nos impresionan mas que las que oímos. Por eso nuestra santa Religion católica nos hace de mil maneras tan palpables sus sagrados misterios. Pero sucedió quo el buen carpintero fué por la desgracia visitado; perdió á su mujer y á sus hijos, no quedándole sino una niña; se puso enfermo al entrar en años, y por último.... cegó. Mas todas sus desgracias las llevaba con suma paciencia, y siempre se le veia sereno y confiado en la proteccion de su santo Patrono.

Como no podía trabajar y su pobre hija, que habia de atender á su asistencia, ganaba muy poco en su costura, fueron vendiendo cuanto tenían, y cayeron en la mas completa desnudez y miseria.

Cuando el buen cristiano sintió acercarse su muerte, quiso prepararse á bien morir, y dijo á su hija que avisase á un escribano, porque queria hacer testamento.

—¡Testamento!.... ¡Padre! exclamó llorosa y asombrada su hija, acaso tiene su merced algo que testar?

—Sí, hija, contestó su padre; así, haz lo que te mando, y avisa al escribano. La hija, aunque presumió que las palabras de su padre eran debidas al delirio de la calentura, como era muy obediente, hizo lo que su padre le mandaba. Al recibir el escribano el recado del moribundo, sospechó que seria este un avariento, que aparentando miseria tendria algun caudal oculto, y se apresuró á acudir á la cabecera del enfermo.

Cuando todo lo tuvo preparado, y encabezado el testamento en el NOMBRE DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, como es costumbre, le dijo al enfermo que dictase su última voluntad, lo que este hizo en los siguientes términos:

«Doy mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra, y nombro por mi ejecutor testamentario, y por tutor de mi hija, Á MI SANTO PATRONO SEÑOR SAN JOSÉ.»

Dicho lo cual, se durmió en el Señor con aquella tranquilidad que tienen en este trance los que creen en Dios y tienen una buena conciencia.

El escribano se fué de mal talante, y la pobre hija del difunto se quedó en el mayor dolor y desamparo, no teniendo nada en este mundo para procurar al padre de su alma mortaja ni caja, y sin poder costear su entierro.

Estando en esta tribulacion y congoja, oyó que llamaban á la puerta; abrió, y vió entrar á un venerable anciano, con modesto y suave semblante, con túnica y manto de color oscuro, y un báculo en la mano. Entonces el anciano le dijo que no se apurase, que él cuidaria de todo; y así lo hizo, saliendo y volviendo al poco rato

con la mortaja, la caja y el clero de la parroquia, y se le hizo al pobre carpintero un entierro muy decente, yendo de cabeza de duelo aquel venerable anciano.

Cuando volvió del campo santo, le dijo á la pobre huérfana que se iba, pero que volveria al dia siguiente.

Fuése el anciano á una ciudad inmediata, y llegóse á una casa en la que vivia un caballero muy bien acomodado y de muy buenas prendas. Hízose anunciar como persona que tenia que tratar con él un asunto importante, y cuando estuvo en su presencia le dijo:

—¿Os acordais cuando volváis, embarcado con todo vuestro caudal, de las Indias, del temporal que sufristeis en alta mar, y que os puso á punto de perecer?

—Sí, recuerdo, contestó admirado el caballero; pero ¿cómo lo sabeis vos...?

—¿Recordais tambien, prosiguió el anciano, que hicisteis una promesa, y que fué la de casaros con la niña mas pobre y mas honrada que encontráseis, si Dios os libraba de aquel peligro?

—Sí, recuerdo, respondió asombrado el caballero; pero ¿cómo sabeis tambien esto, cuando á nadie se lo he dicho?

—¿Estais en cumplir vuestra promesa? preguntó el anciano.

—Sí que lo estoy, exclamó el caballero, y lo que me pesa es haber sido tan remiso y moroso en hacerlo.

—¿Quereis que os haga yo conocer á la niña mas pobre y mas virtuosa que podreis hallar? tornó á preguntar el anciano.

—Sí que me place, respondió el caballero; me habeis inspirado tanta confianza, me siento tan inclinado á vuestra venerable persona, que estoy pronto á seguiros.

Pusieronse en camino, y en breve llegaron á la humilde casa de la pobre huérfana.

Estaba tan afligida por la muerte de su buen padre, como acongojada por no saber qué seria de ella, porque hasta el casero, viéndola tan desvalida, y temiendo que no pudiese pagar la casa, la queria echar á la calle. El anciano le dijo que no se afligiese, puesto que aquel caballero que le acompañaba, y que era muy cristiano y muy bueno, estaba bien acomodado, y la queria amparar casándose con ella.

El anciano hizo en poco tiempo todas las diligencias y aprestos para el casamiento, y despues que se efectuó, estando los tres sentados á la mesa de la comida de boda, le rogaron los desposados con mucho cariño que les dijese quién era, á quién debian tantos favores y mercedes: á lo que el anciano, poniéndose de pié, contestó

con mucha bondad y compostura: «Yo soy José, al que cupo la dicha de ser el compañero de la «sagrada Virgen María, y custodio del divino Niño Jesús. Tu cristiano padre fué siempre un «ferviente devoto mio, y á la hora de su muerte «me encargó que cumpliera su testamento; esto «he hecho: llevé su buen alma á Dios, dí á la «tierra su cuerpo, y como tutor tuyo he cumplido también, dejándote amparada y dichosa.» Entonces el techo del aposento se entreabrió como una granada; apareció una luz sonrosada como la de la aurora, y brillante como la del medio día. En aquella gloria apareció un divino Niño, que dijo al anciano: «Venid, Padre, que «mi Madre os está echando de menos,» y el anciano, bendiciendo á los desposados, que con las manos cruzadas y los rostros bañados en lágrimas habian caído postrados en tierra, se alzó suavemente, cogiendo la mano que el niño le alargaba, y desapareció en las alturas.

De estos prodigiosos favores debidos á la mediación de los Santos, vemos todos los días; solo que estos no se revelan materialmente, sino raras veces y en determinadas ocasiones y personas, y tristísimo seria el pensar que estamos incomunicados con aquellos que fueron nuestros hermanos y maestros, y que nuestras relaciones con ellos no sobreviviesen á esta vida corporal y transitoria. Las ideas antireligiosas, en su necio y acerbo afán de combatir nuestra santa Fé, llaman *fanatismo* al exceso de creencia que hay en atribuir con demasiada facilidad á divinas influencias sucesos comunes. No os dejéis perturbar por dichos que á fuerza de repetidos han tomado cierta consistencia, y que muchos repiten sin pararse á considerar toda la falsedad y veneno que encierran. Fanatismo es *defender con tenacidad y furor opiniones erradas* (1), lo que, como veis, nada absolutamente tiene que ver, ni nada tiene de comun con un excero de fé, que si bien puede alguna vez caer en lo trivial y simple, nunca es irreverencia, ni lleva mala tendencia, y no puede ofender á un Dios que nos prescribió la fé y el amor como las dos primeras virtudes del Cristianismo. ¿Qué mal habria acaso en que creyéseis este ejemplo? No habria ninguno; y solo probaria la buena fé de vuestra mente y la sanidad de vuestro corazón.

Fernan Caballero.

(1) Diccionario de la Academia.

Á MI PADRE EN SUS DÍAS.

Cuán dulces son de un padre las caricias!
cuán inmenso de un padre es el anhelo!
su amor y su desvelo
son santos manantiales de delicias,
son un trasunto del amor del cielo.

Y cuán feliz el hijo venturoso
és, que lleno de paz y de inocencia,
de tan casta ternura al dulce abrigo
mira correr su plácida existencia!
Dichosa yo! dichosa, padre amado,
pues mi vida feliz paso contigo;
por tu amparo escudada,
por tu amor sostenida,
como la débil y medrosa yedra
se alza á la sombra de añoso tronco
que entre sus ramas la sostiene asida.

Oh! si mi ardiente corazón pudiera
sembrar de bellas flores tu camino,
y si dado me fuera
derramar, padre mio, en tu carrera
todas las dichas del Edem divino,
yo en este hermoso día
llena de afán y de filial ternura
á tus pies las pondría,
y las rosas del alma te daría
engalanadas con su esencia pura.
Mas ¡ay! débil mujer, estremecida
solo te ofrezco cual bendita palma
la gratitud ardiente de mi alma.
que es la flor bella que en mi pecho anida.

Rosario Godines.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Maria á Fabian.

Me dijiste, querido hermano, que habia tomado sobre mis hombros una carga superior á mis fuerzas, y así es en efecto.

Yo no sé si la condesa Amelia falta á su esposo: yo no sé si es culpable; pero sé que le miente y esto basta para ofenderle.

Sí, le miente, y lo que es peor, no le ama, no cifra en él su vida, no siente su corazón lleno con su cariño tan solo.

Me preguntarás que como sé todo esto, y yo voy á decírtelo para que veas si me engaño: para que peses bien los hechos y les des todo su valor.

Yo temo equivocarme, temo juzgar á Amelia

con demasiada severidad, por el horror que me causa su falta, y temo al par atenuar ésta, porque la pena que me inspira la desgracia de su esposo, me da miedo de creer en ella. ¡Oh! su esposo es el mas noble y el mas digno de los hombres, y seria un crimen odioso aumentar de este modo su infortunio.

Escucha y te referiré cuanto ha pasado desde la noche del baile.

Horacio, grave y triste se presentó aquella mañana en el comedor á la misma hora que otros días, y no dejó traslucir por un momento la tempestad que habia destrozado su alma; ¡pobre bajel, bogando sin timon ni vela por el embravecido mar de las borrascas del alma, sin tener entre las sombras de la noche una estrella que le ilumine! ¡Oh! yo, que habia presenciado momentos antes su inmensa desesperacion, era la única que podia medir su gigante esfuerzo al aparecer sereno.

Solo el temblar de sus labios revelaba su profunda agitacion en aquel instante, en que esperaba oir llegar á su esposa.

¡Es preciso que ame mucho á esa mujer cuando de tal modo sufre por ella!

Felisa, la doncella de confianza de Amelia, vino á anunciar que su señora no asistiría al almuerzo, puesto que aun no se habia levantado por hallarse un poco indispueta. El conde hizo un movimiento para levantarse al oir estas palabras, preguntando al par con alterada voz:

—¿Está enferma?

—No, no es nada, replicó Felisa: el natural cansancio..... la señora bailó demasiado y esto es todo.

El conde nada respondió; pero quedó inmóvil y sus labios se plegaron con una amarga sonrisa.

Yo compadecia aquel mudo dolor, sin ser dueña de dirigirle una sola palabra de esperanza.

Por fortuna Elvira entró en el comedor como el ángel de los consuelos celestiales: venia corriendo y preguntando por su madre, para ofrecerle un ramo de rosas que habia cogido en el jardín. Me acerqué á ella rápidamente y la señalé con el dedo á su padre. Esta niña tiene una inteligencia superior á sus años y me comprendió al instante.

Se acercó á Horacio, y presentándole parte de sus flores,

—Toma, papá, dijo: tambien para tí he cogido algunos jazmines, pues sé que los prefieres por su bello aroma, y porque segun dices se parecen á mí, pues son símbolo de la inocencia.

El conde se estremeció al escuchar las palabras de la niña; la nube que cubria su frente se

desvaneció por un momento, pero guardó silencio y pareció pensativo.

—¿No las quieres? le preguntó Elvira con candoroso pesar.

—¡Oh! sí, hija mia; dijo Horacio tendiendo un instante las vacilantes manos: ¿cómo no, si ellas me prueban que existe un corazon puro y candido como el tuyo, en el cual ocupo un lugar.

Y atrayendo á la niña hacia sí la besó en la frente, teniéndola así por largo espacio.

Cuando Elvira se desprendió de sus brazos, creí notar que sobre sus rubios cabellos habia un pequeño punto mas oscuro que lo demás. ¿Seria acaso que una gota de llanto habia caído sobre ellos?

El almuerzo fué triste; nadie hablaba una palabra.

La anciana condesa apenas llevaba los manjares á sus labios, y me ordenaba separar los platos de su lado sin haberlos gustado siquiera.

Esta pobre madre no tiene ni ha tenido jamás otro afecto que el de su hija.

Viuda de un rico capitalista, cifró en ella todo el amor de su corazon, sacrificándose á sus caprichos y á sus deseos, y siendo, mas que madre, una esclava de su hija.

Orgullosa con la hermosura y el talento de Amelia, soñaba para ella con una posicion mas elevada que la que la daba su cuantiosa fortuna, y su casamiento con el conde vino á realizar sus deseos, agregando á su nombre el título de condesa de la Palma.

Sin embargo, esta pobre anciana debe sufrir mucho, pues á medida que mas exajerado ha sido su amor para su hija, mas fria, mas indiferente, mas altiva se muestra su hija para con ella.

Amelia solo tiene un afán, un impulso, un móvil para todas sus acciones: ¡la vanidad! ¡el deseo de brillar se sobrepone en su alma á los mas dulces afectos! el anhelo de lucir y de ser admirada apaga en su pecho la llama de los mas santos amores.

Fuera del orgullo nada queda en su corazon.

Su madre acaso lo comprende así; pero cuando su razon le revela esta verdad, su alma, luchando, se niega á creerla, y la pone en perpetua duda.

Por eso aquella mañana sufria y lamentaba interiormente el despego de Amelia, que dedicándose á la sociedad se olvidaba de su familia.

Cuando terminó el desayuno, me pidió el brazo para volver á su cuarto, donde mandó que la sirviesen el café.

Yo la obedecí, é iba ya á salir cuando oí al conde que decia á la niña:

—Elvira, ¿quieres venir conmigo y así pasearé un poco con mayor placer que cuando voy solo con Pedro?

—Con mucho gusto, papá; yo te daré la mano y te iré diciendo cuantas flores hay en las ramas, y cuantos peces en el estanque.

Horacio tomó la pequeña mano de la niña, y ambos salieron del comedor por distinta puerta de la que cruzamos la anciana y yo.

Al llegar al cuarto de esta, la senté en su butaca, acerqué un velador y me puse á servirla el café.

—Ya está, dije acercando la taza; ya está, y puede la señora tomarlo, porque creo que lo hallará á su gusto.

—Gracias, me dijo: es V. muy amable, y me sirve V. bien.

—Ese es mi deber, la contesté, y lo cumplo con placer, ahora mas que antes, pues que sé que mis cuidados la agradan.

—Oh! sí, jamás he oido á V. exhalar una queja desde que está á mi lado, y eso que acaso habré molestado á V. con mis exigencias de octogenaria.

—Nunca hallo mi trabajo demasiado penoso, la dije, cuando me proporciona placeres y goces tan legítimos.

—No comprendo á V., respondió mirándome con curiosidad.

—Señora, repliqué: mi tarea es muy sencilla; cuando estoy á su lado me acuerdo de mi madre, á quien proporciono algun bienestar, consagrandole á V. mis servicios, y este recuerdo hace fácil y dulce el cargo que desempeño.

—¿Tiene V. madre? me preguntó con un acento mas dulce que de ordinario.

—Oh! sí: una madre modelo de santidad y de virtudes, á quien la desgracia ha robado todos los bienes menos el amor de sus hijos.

—¿Tambien tiene V. hermanos? insistió de nuevo.

—Dos, contesté: un jóven de veinte años y una niña de diez y seis. Él y yo trabajamos para la que nos ha dado la vida, y Élia vive á su lado y la prodiga sus cuidados.

—¿Qué feliz debe ser esa madre! murmuró con amargura; ¡qué feliz debe ser, debiéndolo todo al amor de sus hijos!

—¿Y á qué madre no sucedería lo mismo? me apresuré á decir para calmar el pesar que parecía dominarla, y compadeciéndola con toda mi alma. El corazón de todos los hijos se asemeja en mucho; pero como Dios ha colocado á cada una de sus criaturas en posicion bien distinta, distinta debe ser tambien la manifestacion de sus sentimientos. Yo estoy cierta que la señora

condesa ama á V. con toda su alma, y que sacrificaría su vida y su reposo por proporcionarle algunos instantes de dicha. Por fortuna esto no es preciso, aquí donde la suerte ha derramado sus dones á manos llenas, y eso hace inútil é imposible toda clase de sacrificio.

—Siempre tiene V. la dulzura en los labios, murmuró. ¡Oh! yo le doy gracias porque quiero creer sus palabras; ¡me hace tanto bien el saber que mi hija me ama!

—Y no es ella sola, añadí; el conde, la señorita Elvira, que es un ángel, tambien la respetan y la consagran su ternura.

—Sí, esa niña.... esa niña.... ¡Oh! vaya V. á ver si aun está con su padre, y si nó tráigala V. aquí un momento.

No sé qué sentí, ni por qué mi corazón latía al ir á cumplir aquella orden.

Sin embargo, salí con alguna precipitacion, y me dirigí al jardín en busca de Elvira.

Allí estaba aun sentada en un banco al lado de su padre; su traje de muselina se destacaba sobre el verde césped, y yo me encaminé al sitio que ocupaban ambos.

La arena apagaba el ruido de mis pasos, y por otra parte, estaban tan distraídos, la niña en hablar y el padre en escucharla, que no me sintieron aunque estaba muy cerca: tan cerca, que la voz pura y suave de Elvira llegó hasta mí al pronunciar estas palabras:

—Sí, papá: ya sé que puedo servirte de consuelo, que puedo ser la luz de tus ojos, como me has llamado otras veces, y quiero estar á tu lado cuando estés triste para devolverte la alegría.

—Pero antes no me decias esas cosas, ¿por qué me las repites ahora?

—Porque no habia pensado en ello; yo creia que los niños no servíamos para nada, al menos así me lo decia mamá á cada momento; exclamó Elvira con inocencia; pero ahora es distinto, ahora sé que los hijos son la esperanza y la delicia de sus padres, son sus ángeles custodios, y yo quiero serlo tuyo.

—Pero ¿quién te ha dicho todo eso? ¿quién te ha enseñado á pensar así? exclamó el conde con afán.

—¿Toma! ¿no te lo he dicho? murmuró la niña; María, la señorita de compañía de la abuelita, que me quiere con extremo y á quien yo amo mucho tambien.

—¿María! exclamó Horacio con un acento que yo no sabría definir: ¡siempre ella en todas partes!

Esta exclamacion produjo en mí un efecto terrible. ¿Qué es lo que el conde ha querido expresar con ella? ¿es odio, es afecto? lo ignoro; pero

al oírla me volví atrás, y sin atreverme á interrumpirles, subí al cuarto de la anciana y la manifesté que la niña estaba acompañando á su padre. Doña Juana suspiró, y yo, tratando de distraerla, en vez de tomar mi labor, abrí un libro y me senté junto á ella.

—¿Va V. á leer? me preguntó.

—Si V. me lo permite, repuse, lo haré así, y de este modo se le hará menos largo el tiempo.

—Todos esos tomos los hemos visto ya, respondió, y ¡dicen tan poco al espíritu! en los poetas, todo son bellas ficciones: en los filósofos todas son realidades amargas!

—Hay otros, sin embargo, que encierran verdades tan dulces y consoladoras, que son como un bálsamo para las heridas del alma, porque para cada dolor encuentran un lenitivo; me apresuré á responder.

—Yo no los he hallado nunca, murmuró.

—Yo poseo algunos, repliqué.

Me comprendió sin duda, porque vaciló un instante, y me dijo al cabo con voz melancólica:

—Traígales V. y léame un rato.

Corrí á mi cuarto gozosa en extremo y escogí entre mis libros una «Imitación de Jesucristo.»

Al fin la palabra de Dios iba á resonar por mis labios en el alma de aquella anciana!

Volví y me senté á sus piés, y con el acento mas reposado y mas tierno que pude hallar, leí algunos capítulos, aquellos que juzgué apropiado para impresionar su corazón.

¡Oh! y puedo vanagloriarme que lo conseguí, porque al terminar la lectura ví sus mejillas bañadas en llanto; pero en aquel llanto no habia nada de doloroso ni amargo.

Era sin duda el sentimiento de un corazón que busca á Dios!

Por la tarde bajamos al salón despues de la comida. Amelia estaba allí y parecia violenta y contrariada.

Su hermoso rostro estaba mas pálido que de ordinario, y en sus ojos se leia una especie de vaga inquietud.

Su hija se habia acercado dos ó tres veces, y ella la habia rechazado distraida.

Su madre tambien la hizo algunas preguntas, á las que contestó solo con monosílabos, y en cuanto á su esposo, parecia querer evitar el dirigirle una sola mirada.

Impulsada por no sé qué secreto descontento, se levantó y se dirigió á uno de los balcones con un movimiento rápido.

La niña se levantó tambien y se inclinó al suelo para cojer un papel que su madre habia dejado caer sin verlo.

Elvira estuvo algunos instantes callada, y al

cabo exclamó radiante de alegría, dirigiéndose presurosa á mí:

—Mira, María, mira como ya sé leer letra de carta.

—¿Qué es eso? preguntó el conde á su hija.

—Un papel que se le ha caído á mamá y que voy á leer á María para que vea que soy aplicada.

Y al decir esto mostraba abierta ante mis ojos una carta muy corta, y de la que á pesar mio leí la firma: leí, *Arturo*.

Por un movimiento instintivo cogí aquel papel de manos de la niña y lo oculté entre las mias, sin saber lo que iba á hacer, pero sin permitir que siquiera leyendo.

Amelia lo observó todo: una llamarada de fuego coloreó sus mejillas, y acercándose á mí me dijo con voz segura:

—Sí, es la última cuenta de mi modista: démela V., tengo que dar orden para que sea abonada, y aun no he visto á cuánto asciende.

Yo le entregué aquel papel que quemaba mis dedos: mi mano temblaba mientras la suya estaba firme!

Ella mentía y yo me avergonzaba de su falta.

Elvira fué á hablar: sin duda en su inocencia iba á protestar del engaño; pero yo pensé en su padre, me estremecí por él, y atrayéndola hácia mí, distraje su atención con esa facilidad con que se varía el pensamiento de un niño.

La impedí pronunciar una palabra acusadora, y así me hice cómplice y solidaria de aquella falsía.

¡Oh! Fabian, Fabian, ¿quién es ese Arturo? ¿por qué esa mujer oculta sus cartas? dímelo tú y dime tambien cómo debo obrar.

Adios, hermano mio, adios, y no dejes de aconsejar en tus cartas á tu hermana—MARÍA.

(Continuare).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

QUERELLAS.

Perdóname, Dios mio, si despide querellas mi laud:

yo mis pesares bendecir debiera, pues me los causas Tú.

Tú dejaste sin luz una pupila, un corazón sin paz:

Tú has separado, para siempre, al hijo, del seno maternal.

Mi madre era la lumbré de mis ojos; sin ella ciego estoy....

¿Qué puede despedir sino gemidos, mi triste corazón?—

Yo la amaba, mi Dios; de tal manera
que, desde niño aún,
un solo objeto á mi pasión purísima
formabais ella y Tú.

Si me hablaba de Tí, tu voz, Dios mío,
creía yo escuchar;
yo te adoraba en su semblante lleno
de dulce gravedad.

Cuando en su seno con amor posaba
mi frente juvenil,
Oh, Dios! todas las dichas de tu Cielo
bajaban sobre mí?

Y muerta ya....! Señor, porque me heriste
de modo tan cruel?
Porqué me has separado de mi madre....?
del alma de mi ser?

Inútilmente su adorada forma,
gimiendo, evoco yo....
solo su imagen, impalpable y triste,
vive en mi corazón!

Ya en mi oído, Señor, sus dulces labios
tu voz no verterán....
ya no verá la luz de tu hermosura
brillar sobre su faz....

Perdona si mi cítara, Dios mío,
no lanza himnos de amor....
qué puede despedir, sino querellas,
mi herido corazón?—

Diego V. Tejera.

EL BUEN LADRON.

CUENTO.

(Conclusion.)

IV.

Estaba terminando los postres, cuando acertó á pasar Berta por delante de la puerta del comedor.

Al verla, Juan recordó el consejo del vizconde.

—Á la verdad que esa chica es muy linda,—pensó interiormente. Luego alzando la voz, la llamó.

—¿Qué me quiere Vd?—preguntó la muchacha aproximándose.

—Hace ocho días lo menos que no nos hemos visto.

—¡Es claro! Vd. se retira y se acuesta á la hora en que yo me levanto para ir al obrador....

—¡Es verdad!... No hace uno en el mundo más que locuras... que se pagan luego.

—¿Es cierto lo que mi padre me ha dicho?

—¿Qué te ha dicho tu padre?

—Que está Vd. completamente arruinado.

—Sí, Berta, desgraciadamente cierto... hasta el extremo de que esta noche tendré que ir á pie al círculo si quiero tomar café.

—Hará Vd. muy mal; hace un frío...

—Pero el tomar café es una necesidad después de comer.

Berta tomó una cafetera que había encima del aparador, la llenó de agua y encendió la mecha empapada en espíritu de vino.

—Aquí podrá Vd. satisfacer su deseo,—dijo.

—¿Cómo? ¿Querrás tú servirmele?

—¿Por qué no? ¿No somos sus criados?

—No, Berta; ya no tengo ninguno; tu padre y tú sois los únicos que no me habeis abandonado; pero yo no puedo ya teneros á mi servicio, puesto que á tu padre le debo ya muchas mensualidades, que nunca podré pagarle.

—¿Y quién le pide á Vd. dinero?

—Sí, pero yo debo.... Tengo que salir de esta casa, cuyo alquiler es demasiado caro.

—Pero nosotros que hemos disfrutado de su prosperidad, no podemos abandonarle en la desgracia.

—¿Qué dices?

—Mi padre buscará un cuartito barato donde podamos vivir los tres.

—¡Berta!

—Yo trabajaré como lo hago hoy día, y.... no nos moriremos de hambre.

—¿Trabajarías tú para mí?

—¿Por qué no? Justo es que devuelva los beneficios que de V. he recibido.

Juan asió una mano de la joven, y la aproximó á sus labios con verdadero respeto.

Berta sintió un fuerte estremecimiento.

Luego, aproximándose á Vargas, continuó con cierto aire de confianza:

—Además, tengo yo para mí que no nos hará falta nada de esto; mi padre es rico.

—¿Qué dices?

—Sí, señor; yo le he visto guardar en el fondo de su baul unos papeles.... muchos, á los que él llama *cupones*, y creo que esto es dinero.

En aquel momento cruzaron por la mente de Juan las palabras del vizconde: «pensando piadosamente, Felipe tu mayordomo te habrá robado cinco.»

La hija aseguraba que su padre era rico. ¿De dónde había sacado aquellos cupones, aquella riqueza un hombre que durante su vida solo había disfrutado un mezquino sueldo?

El robo no podía estar mas patente; Felipe, el criado, el amigo de confianza era un miserable que se había enriquecido, explotando las locuras de su señor.

Juan Vargas sintió una cosa parecida á un hierro candente que le atravesara las sienes, y sin darse cuenta de la presencia de Berta, hizo sonar un timbre.

Inmediatamente apareció Felipe.

V.

—¿Qué se le ofrece á Vd!, preguntó con cariñoso respeto.

Juan fijó en él una escudriñadora mirada: aquel semblante tranquilo, aquellas canas eran una máscara venerable que ocultaba á un ladrón.

—Felipe,—le dijo,—desde mañana, desde esta misma noche debemos separarnos.

—¿Por qué, señor?—preguntó Felipe admirado.

—Yo no debo tener á mi servicio á un hombre á quien no puedo pagar.

—Yo no le reclamo á Vd. nada.

—No importa, no debemos vivir juntos: yo iré á buscar el término de estas miserias en la cápsula de un revolver para evitar que me suceda lo que á mi amigo el conde del Pino, que al ir á buscar el otro día una peseta para comer, fué atropellado por el coche de su *fiel* mayordomo... y aun creo que le cruzó la cara con el látigo.

Felipe bajó la cabeza al oír estas palabras.

Berta, admirada de que no contestase, se acercó á él y le asió de un brazo.

—¡Padre!... ¡padre!—le dijo;—¿no oye Vd. que le están llamando ladrón?

—Y bien, es verdad,—replicó Felipe adelantándose.

Berta se cubrió el rostro con ambas manos.

—¿Que es verdad!—exclamó Vargas.

—Sí, señor; confieso que he robado.

—¡Miserable!

Y Juan levantó la mano para afrentar aquellas canas; pero de repente se contuvo y exclamó:

—¡Tú, el criado de confianza de mi padre!

—Oiga Vd., señor: he robado, y debo dar mis cuentas; en medio de la disipación en que Vd. ha vivido, sin querer dar oídos á mis consejos, yo he tenido cordura y juicio por los dos, en la prevision de lo que iba á pasar: yo he intervenido en todas las compras que se han hecho en la casa, en todas las locuras que Vd. ha cometido; yo he puesto en las cuentas, por lo menos, una tercera parte mas de lo que importaban, sí, no me avergüenzo de decirlo; le he robado á Vd.

en una tercera parte de lo que gastaba, y cuando esa tercera parte ha llegado á ser considerable, he negociado con ella, he adquirido cupones, he jugado en la Bolsa por medio de un agente, he aumentado el capital y los intereses, esperando que llegara un día en que Vd. se viera abandonado de todos, hasta de sus criados, en que apenas tuviera V. que comer, para decirle: «Vea Vd. á dónde conducen las locuras; vea Vd. el resultado de la disipación; sírvale á Vd. esto de lección provechosa; sus acreedores están pagados por mí; ahí tiene Vd. sus créditos, y gracias á que ha tenido Vd. un criado ladrón, que ha economizado mientras los demás lo saqueaban, aun puede Vd. disponer de una fortuna de tres millones.»

Y Felipe, con la cabeza erguida al terminar estas palabras, alargó á su amo una cartera que encerraba las cuentas pagadas de sus acreedores, y el producto de aquel beneficioso y honrado robo.

—De cualquier modo,—prosiguió,—no le sucederá á Vd. lo que á su amigo el conde del Pino, porque yo, pobre mayordomo que le entrego esa fortuna, he vivido casi con el trabajo de esta pobre niña.

Berta cayó en sus brazos y besó con efusión aquella frente venerable, cubierta por las arrugas de la honradez y el trabajo.

Juan Vargas cayó también de hinojos, exclamando:

—¡Soy un miserable por haber dudado de tí!

—¿Qué hace Vd., señor!

—Esta es la única postura que me conviene en tu presencia.

Felipe se apresuró á levantarlo.

—¿Me perdonas?—le dijo el joven.

—¡No me avergonceis!

—Ahora, si me consideras digno de tal honor, solicito en casamiento la mano de tu hija Berta.

—Señor....

—Esa es la única manera de que yo acepte la fortuna que me ofreces.

—Pertenece á V. legítimamente.

—Pero tú me la has guardado, y yo no puedo admitirla sin que....

VI.

Algunos días despues se verificaba la boda de Juan de Vargas y Berta.

Escuso decirlo que el recién casado no ha vuelto á cometer mas locuras.

Pedro Escamilla.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.